



ÍNDICE

¿Rey autoritario o rey constitucional?

Por
José M.^a García Escudero

Dos imágenes de Alfonso XIII poco conocidas del gran público: S. M. saliendo de una tienda de campaña seguido por su ayudante, general Francés, y de visita a las minas de Figols, en 1908; le acompaña don Antonio Maure.

LA primera oleada de juicios sobre Alfonso XIII le fue generalmente adversa; pueden representarla, en los años treinta, la historia de su reinado, por Fernández Almagro, y en los cuarenta, el libro que este historiador y el duque de Maura escribieron en colaboración: «Por qué cayó Alfonso XIII». Después ha venido la reacción reivindicatoria de Carlos Seco Serrano, con su «Alfonso XIII y la crisis de la Restauración». ¿Podemos asegurar que esta rectificación es ya el equilibrio del juicio definitivo? Me parece que no. Naturalmente, las páginas que siguen no pretenden ser ese juicio, para el cual empezarian por faltaries, debido a las limitaciones de un artículo de revista, la extensión, el detalle y el respaldo documental indispensables. Aspiro únicamente a alentar algunas conclusiones de un estudio lo bastante detenido para poder asegurar al lector que, acertadas o no, son una improvisación.

El reinado de Alfonso XIII es, económica, social y culturalmente, un periodo as-

endente; políticamente, en cambio, la plataforma de convivencia heredada de la Restauración se va estrechando a lo largo del reinado hasta que llega un día en que, prácticamente, toda la nación está fuera; ese día cayó la Corona. ¿En qué medida Alfonso XIII decidió, aceleró o frenó el proceso?

Los que le condenan suelen fijarse en los momentos críticos de su reinado: 1909, 1923, 1931. No me parece justo. 1909 fue la expulsión de Maura, cediendo a la campaña desatada contra él a raíz de la Semana Trágica; esa expulsión ha alimentado las más duras críticas contra el rey. Pero en esta ocasión Seco tiene razón para defenderle. La conducta de Maura pudo haber sido irreprochable, pero fue tan poco política como él mismo era, y el rey, por suelo que fuese el chantaje a que le sometió el Partido Liberal, no podía quedar: se sin uno de los dos brazos del Sistema, precisamente aquel del que dependía el ensanchamiento hacia la izquierda en el que estaba la evolución natural de su Mo-

narquía, y cuando, además, Maura no disponía más que de una parte mínima de su propio partido, no se podía prever la aparición futura del maurismo y, a su derecha, no contaba con nadie. En cuanto a las otras fechas, en ninguna de ellas tuvo Alfonso XIII verdadera posibilidad de opción: en 1923, porque le faltaba un Poder civil en que apoyarse frente al Poder militar (lo que tampoco deseaba él hacer de ninguna manera); en 1931, porque le faltaba cualquier clase de Poder.

Por eso el juicio histórico sobre el monarca tiene que fundarse principalmente en el periodo anterior a la Dictadura; sus responsabilidades —si las tiene— serán sobre todo las que contrajo día a día en el funcionamiento del mecanismo que por alguna razón se fue deteriorando hasta que cuando —en 1923, en 1931— hubo que echar mano de él, se le encontró inservible.

La defensa del rey va desde los editoriales de un periódico nada palatino como era «El Debate», en época tan



EL SIGNIFICATIVO DISCURSO DE CORDOBA

El 23 de mayo de 1921, Alfonso XIII pronunció, en ocasión de un banquete que le ofreció el Ayuntamiento de Córdoba, un discurso que levantó una oleada de comentarios. Para la mejor comprensión de las palabras del monarca es preciso subrayar que el objeto del viaje real era la inauguración de importantes obras públicas en varios lugares de Andalucía. El rey habló así:

«Acertadamente vuestro alcalde ha recordado el lema de muy noble y leal, que escribe Córdoba en su escudo.

Ha sido esta ciudad siempre de las más importantes de España, incluso durante aquella época en que el país estaba dividido en pequeños reinos e igualmente importante en el período de la Reconquista. Después de aquellos días de gloria vinieron otros de retraimiento en que pareció que Córdoba, satisfecha de su papel del pasado, esperaba inactiva su resurgimiento. Este está más cercano de lo que creen los mismos cordobeses.

Tengo intensa afición al estudio constante de los problemas que interesan a mi país; por eso he podido apreciar que en gran parte de España, y especialmente en Andalucía, son deficientísimos los transportes y que estas deficiencias fueron mayores durante la guerra.

En España las comunicaciones no son rápidas y por eso la distribución de la producción y de las subsistencias no se realiza con la facilidad y regularidad necesarias y esto es muy importante, porque todo ello se refleja en el estómago, ya que todos, pobres y ricos, somos mortales y tenemos que comer.

En este momento, mi Gobierno tiene presentado al Parlamento un proyecto de verdadera trascendencia sobre este problema. Ahora bien; el rey no es absoluto y no puede hacer otra cosa que autorizar con su firma que los proyectos vayan al Parlamento, pero no puede hacer nada para que salgan de allí aprobados. Yo estoy muy satisfecho de no contraer responsabilidades, esas responsabilidades que pasaron de la Corona al Parlamento. Prefiero, sin esas responsabilidades, ofrecer mi vida a mi país; pero es muy duro que no pueda prosperar lo que interesa a todos, por pequeñas de la política.

Presenta un proyecto mi Gobierno; lo combaten y cae. Los ministros que suceden a los caídos tampoco pueden adelantar, porque los anteriores se han convertido en oposición y se vengan. ¡Cómo van a ayudar a quienes los mataron! Así las cosas, se convocan y disuelven Parlamentos, sin que se logre nada útil.

Algunos pensarán que al hablar así me estoy saliendo de mis deberes constitucionales; pero yo digo que después de diecinueve años de rey, en los que varias veces me he jugado la vida, no me han de coger por una falta constitucional.

Yo creo que las provincias deben comensar un movimiento de apoyo a su rey y a los proyectos que sean beneficiosos y entonces el Parlamento se acordará de que es mandatario del pueblo, porque eso significa el voto que daís en las urnas. Entonces la firma del rey será una garantía de que los proyectos beneficiosos serán una realidad. Esos proyectos que significan para Córdoba, por ejemplo, el tren directo a Puertollano, que el río sea navegable hasta aquí para barcos de regular calado y entonces, con transportes a dos céntimos tonelada y kilómetro, quién podrá competir con esta ciudad, que será centro de exportación andaluza, porque unirá a estas circunstancias la jerarquía de su suelo privilegiado?

Alcalde: saludo a Córdoba, que recuerda siempre su lema de muy noble y muy leal.»

Discurso reproducido de la obra de José Gutiérrez-Ravé *Habla el rey* (Madrid, 1955).

avanzada del reinado como los años 18 al 21 («A la Corona no cabe ni las más remota responsabilidad moral, ni histórica y mucho menos legal del presente estado de cosas»; el rey es «el único que puede tirar la primera piedra, porque no tiene el tejado de vidrio»; «los únicos culpables han sido los políticos»), hasta Seco Serrano, que descubre en Alfonso XIII «un esfuerzo continuado, abrumador, para salvar una línea evolutiva rehuyendo la revolución, pero también la guerra civil, intentando «cubrir las distancias, cada vez mayores, entre la evolución interna de la sociedad española y el instrumental político del Sistema montado por Cánovas y Sagasta». Y comenta, del libro de Fernández Almagro —«tan poco justo, realmente, con el monarca»—, que a su propio autor llegó a parecerse así y que murió cuando lo estaba revisando.

Que aquellos políticos sin ideales ni altura, que aquellos partidos que no eran más que clubs de intereses, tertulias de casino, se bastaban para deshacer el Sistema sin que les ayudase nadie, es evidente; pero que el rey les ayudó a deshacerlo es lo que sostuvo Unamuno en la famosa entrevista que celebró con el soberano, cuando éste le expuso sus iniciativas y don Miguel le cortó brutalmente para decirle que lo mejor sería que no tuviese iniciativas. No mucho más suavemente lo escribe Amadeu Hurtado: «La culpa no era —dice— de que el rey gobernara mal, sino de que gobernase». Pero dentro de los numerosos representantes de este punto de vista, los hay que ven en Alfonso XIII la posibilidad de un dictador que las circunstancias frustraron y los que se atienen a la realidad de un rey más metido en política de lo que le permitía su puesto de monarca constitucional.

Las tentaciones autoritarias

En los primeros días de 1902, el año en que va a jurar el cargo, Alfonso XIII, mozo de dieciséis años, dedica unas páginas de su «Diario» al trascendental acontecimiento: «Yo puedo ser un rey que

como
Co-
s re-
óral.
enos
o de
nico
nera
e el
ucos.
oliti-
ano,
XIII
ado,
una
lo la
n la
«cu-
vez
cción
spa-
poli-
por
co-
nán-
jus-
mar-
utor
que
revi-

sin
ellos
que
ulias
para
que
den-
yudó
tuvo
en-
n el
ex-
don
ente
r se-
ivas.
ente
ado;
- de
mal.
Pero
re-
unto
en
idad
cir-
los
idad
po-
altia
ons-

nes
rias
de
urar
nozo
inas
al
dien-
que



El rey-niño aparece aquí en com-
pañía de su tía la infanta doña Eula-
lia —una mente clara y progresista
de la Corte— y adiestrándose
en ejercicios militares a los que
tuvo especial afición, en el madri-
leño Campo del Moro; don Alfonso
(abajo), el primero de la izquierda

se llene de gloria regeneran-
do la Patria... Pero también
puedo ser un rey que no go-
bierno, que sea gobernado por
sus ministros y, por fin, pue-
sto en la frontera».

La expresi3n no es recusa-
ble en si misma, pero su es-
píritu, ¿se corresponde con
el deseable en un rey consti-
tucional? Hay que tener en
cuenta el ambiente de Pala-
cio, que tan bien describe en
sus memorias la infanta Eula-
lia: la etiqueta que intro-
dujo María Cristina, aislando
al rey de su pueblo, y el espi-
ritu fernandino que encarna-
ba la infanta Isabel, cuya
veneraci3n por su sobrino era
«más de creyente a su Dios
que de súbdito a su soberano»;
según Almagro San Martín.
Entre sus educadores, acaso
la única nota de moderado
liberalismo la ponía su profe-
sor de Derecho Político, San-
tamaría de Paredes. Los pro-
pósitos del «discipulo consti-
tucional», como Alfonso XIII
puso en el retrato que dedicó
a su maestro, ¿prevalecerían



contra lo demás y hasta contra los pujos personalistas que estaban en el aire durante los años de formación del rey, cuando todos, derechas e izquierdas, hablaban del hombre fuerte y del «cirujano de hierro» como salvación de la Patria?

La consecuencia a largo plazo serían las tentaciones autoritarias que asoman en las quejas del monarca contra el Sistema, cuando éste falla a ojos vistas (discursos del 14 de mayo de 1916 y del 15 de enero y 27 de junio de 1920), y culminan en el famoso discurso de Córdoba, el 23 de mayo de 1921, donde, a la denuncia de la impotencia de Parlamentos y de Gobiernos, se une una observación significativa: «el rey no es absoluto»... Por supuesto, quejas contra «aquellos» Parlamentos y contra «aquellos» Gobiernos estaban más que justificadas; pero en las palabras de Alfonso XIII no descubrimos al hombre que denuncia las impurezas de un Sistema en el que cree, sino al que se lamenta de una carga que lleva de mala gana. Alfonso XIII no se resignó nunca con su papel dentro del Sistema; probablemente, no lo entendió siquiera.

Unase su nunca disimulada predilección por el Ejército, que podía tan fácilmente nutrir la sospecha de que el rey pretendía hacer de las fuerzas armadas «su» partido, al que satisface en 1905 con la Ley de Jurisdicciones; da entrada permanente en la política en 1917, con las Juntas de Defensa, y concede el monopolio de la política en 1923, con la Dictadura. En estos casos, ¿procedió el rey de propia iniciativa o fue coaccionado? Amenazas hubo de parte de las Juntas y de Primo de Rivera; pero, aun así, lo cierto es que se puede generalizar lo que de 1923 escribe Ricardo de la Cierva; que el rey «operó exactamente como si se hallase de completo acuerdo»; lo cual no se opone a que, como antes digo, no tuviera otra opción. Si no ordenó el golpe de Estado, si no lo preparó, lo tuvo que prever como todo el país lo preveía, lo deseó y lo apoyó; si hubo coacción, fue muy bien venida.

Añadamos otro dato: el discurso ante el Papa, el 19 de



Este cuadro de Cusachs —en el que aparece el rey en compañía de su Estado Mayor— recuerda los retratos «oficiosos» castrenses de algunos reyes de la época. El rey nunca disimuló su predilección por las fuerzas armadas.

noviembre de 1923. Una auténtica catarata triunfalista, diríamos hoy; una exaltación, que ni aun situándonos en la época en que fue pronunciada deja de sorprendernos tanto como sin duda asombró al Pontífice, y ante la cual tenemos que preguntarnos, no sólo en qué tiempo vivía y en nombre de qué país imaginario hablaba el monarca, sino de qué manera el que se expresaba así, ofreciéndose al Papa para posibles Cruzadas, podía identificarse sinceramente con la posición arbitral y neutra a que la constitucionalidad vigente le relegaba, no ya entre partidos, sino entre las dos Españas cuya conciliación había sido la base de la fórmula canovista.

Hasta llegó a lamentarse Alfonso XIII de no haber asumido todo el Poder. «Si hubiera dejado de ser rey constitucional —confesó a Cortés Cavanillas— para ser rey a secas, es posible que se hubiera evitado el desastre de Anual y posteriormente la Dictadura»; y se ha hablado de propósitos que el consejo de don Antonio Maura des-

barató... Pero el hecho es que nada en las que he llamado «tentaciones autoritarias» permite suponer que se pensara, a lo sumo, más que en remedios ortopédicos de urgencia, no permanentes, y en ningún caso pasaron de tentaciones; que, por mucho que el rey tolerase a las Juntas militares de Defensa, acabó parándoles los pies; que, si en la época del discurso ante el Papa había en España dictadura, era porque otro la había proclamado por él, y que, frente a Primo de Rivera, la reacción del rey, cuando, demasiado tarde, se dio cuenta de que lo malo de las dictaduras no es que lleguen, sino que no se vayan, no fue para sustituirla por otra dictadura, la suya, sino para volver al régimen precedente. No fue Alfonso XIII ningún constitucionalista convencido, pero tampoco fue un dictador frustrado, y mucho menos la «personalidad atávica» que, «con tendencias ancestrales, quiso que su país volviese a la Monarquía de la Edad Media», como con evidente apasionamiento pudo Jiménez de Asúa dictaminar.

7
ma
vue
tlen
pue
los
y la
ce
des
llec
qu
lith
to
rec
aut
ver
car
Co
po
del
hab
a li
tad
«qu
ro
sist
tod
cua
la
de
tad
pre
tes
sol,
que
exc
dler
tich
zar
desc
hasi
Al
com
loga
y M
com
cons
exql
voce
espe
los
equ
ber:
¿Pro
más
la li
prác
sus
loca
a su
rey?
esta
te d
men
cons
com
temi
taba
buer
habí
desd
ni m
Nc

El rey y los partidos

Tuvo la excusa de un Sistema que era como un árbol vuelto al revés, con la copa en tierra y las raíces al aire, puesto que, en vez de salir los Gobiernos de las Cortes, y las Cortes de elecciones sin. ceras, la corrupción electoral descargaba en el rey la delicada misión de adivinar quién, entre los dirigentes políticos, tenía en cada momento los mejores títulos para recibir el Poder, y con él, la autorización expresa de disolver las Cortes y el tácito encargo de «fabricarse» unas Cortes adictas. Un alto cuerpo consultivo, por el estilo del Consejo del Reino actual, habría quitado personalismo a las decisiones reales y evitado que el soberano se «quemase» políticamente, pero lo indiscutible es que, ese sistema, todos lo admitían, todos lo querían, y por esto, cuando Hurtado escribe que la política giraba alrededor de un sol, que era la voluntad del monarca, hay que precisar que eran los satélites los que le convertían en sol, entre otras razones, porque ninguno de ellos, con la excepción de Maura, pretendieron seriamente dar autenticidad al Sistema y desplazar su centro de gravedad desde el Palacio de Oriente hasta las urnas electorales.

Ahora bien; ¿podemos desconocer que en situación análoga estuvieron Alfonso XII y María Cristina, y ambos se comportaron con rigurosa constitucionalidad poniendo exquisito cuidado en no provocar crisis, en quedar a la espera de las iniciativas de los partidos y no cambiar equipos sino después de haber agotado sus posibilidades? ¿Procedió así su hijo? ¿O más bien acogió complacido la inversión del Sistema, que prácticamente lo ponía en sus manos y que a él le colocaba más cerca de lo que a su juicio debía hacer como rey? Pero esto, que habría estado en su punto como parte de una posible y seguramente necesaria reforma constitucional, era otra cosa como práctica contra un Sistema que en otras partes estaba dando resultado; que, bueno o malo, era el que aquí había, y al que así se corroía desde dentro sin poner nada, ni mejor ni peor, en su lugar.

No puedo hacer aquí la con-



En el Palacio de Ayete, en San Sebastián, Alfonso XIII conversa, en 1918, con uno de los prohombres del Partido Conservador, don José Sánchez Guerra, que era ministro de Gobernación durante las revolucionarias jornadas del año anterior

frontación de las conclusiones opuestas que, del estudio de las crisis políticas del reinado, obtienen Seco Serrano y Tomás Echevarría, éste en su libro «Sobre la caída de Alfonso XIII», que subtítulo «Errores y ligerezas del propio rey que influyeron en su destronamiento»; pero ni siquiera la autoridad y la brillantez de Seco logran convencerme de que las referencias a las crisis «orientales» (tantas de ellas provocadas por lo que Maura y Fernández Almagro llaman «un quitame allá ese Decreto o un ponme aquí ese general») y la significativa aparición del verbo «borbonear» sean siempre infundadas y no contengan un fondo de verdad. Que, además, actúa en sentido opuesto a la concentración de los partidos que al menos paliaba los defectos mayores del Sistema. Basten dos ejemplos; la crisis del primer Gobierno Maura, en 1904, y los «mini-Gobiernos» que le siguen hasta que nuevamente sube Maura al Poder; el desenlace de la muerte de Canalsjas, con los aún más inverosímiles

Gobiernos que forma Romanones hasta octubre de 1913. Dos ejemplos de un juego peligroso que reconoce incluso el hombre más favorecido por él; el conde de Romanones. Oigámosle:

«Sería injusto no reconocer —escribe— que Alfonso XIII sostenía el ejercicio de la regia prerrogativa con un alto espíritu de imparcialidad; pero asimismo hay que proclamar que el Sistema establecido por Cánovas de la rotación de los dos grandes partidos no convenía al rey y no procuró hacer nada por sostenerlo cuando cada vez era más necesario... El rey, equivocándose, creyó que su fuerza se robustecía, aplicando la conocida máxima *divide et impera*... Estimaba tener más fuerza con dos barajas en la mano que con una sola... El rey, aunque tarde, se arrepintió de su obra al considerar que cada crisis que se producía se llevaba un pedazo de su autoridad y de su prestigio, pues la opinión le consideraba único responsable de la inestabilidad ministerial. Cuando se arrepintió, era ya tarde para retro-

ceder». También tarde, precisamente, para recomponer un mecanismo que se fundaba en su automatismo y en cuyas delicadas estructuras Alfonso XIII se empeñó en hurgar. La imposición por el monarca del Gobierno Nacional de 1918 fue una rectificación noble, pero tardía; juntando las astillas no se podía rehacer el árbol.

Un político en ejercicio

¿Sólo eso? Cabe la sospecha de que el rey, sin llegar a proscribir —¿cómo habría podido?— a los políticos que, por su talla e independencia, le resultaban difíciles, prefirió a los «cómodos» —y acabo de citar al más «cómodo» de todos: Romanones—, con lo cual, de hecho, vino a crearse un partido, que no era el partido conservador ni era el partido liberal, sino el partido palatino, antes dependiente de la voluntad regia y hasta de los prejuicios de la camarilla de Palacio, que del interés nacional. ¿Y no ocurrió incluso que de eso, que era alterar el funcionamiento del mecanismo constitucional, pero al fin y al cabo atenerse al mecanismo constitucional quedara el rey al margen del mecanismo?

Lo hizo en 1917, en 1923, en 1931. En 1917 para meter una pieza extraña —las Juntas de Defensa— en el mecanismo; en 1923, para acabar con el mecanismo; en 1931, para terminar con la Monarquía, renunciando al Trono a espaldas de su Consejo de Ministros, decisión que Ortiz y Estrada llama «el golpe de Estado quizá, y sin quizá, más grave que ha conocido nuestra Historia». Pero, ¿podía el rey hacer otra cosa? No se trata ahora de esto, sino de lo que, refiriéndose al protagonista de las dos primeras fechas, escribe Payne al principio de su importante obra sobre los militares en la política de la España contemporánea: que «el Ejército se convirtió en un factor fundamental de la política, no tanto porque los militares fuesen ambiciosos o voraces, sino porque la sociedad política española se había quebrado»; y al terminar su estudio, lo resume así: «el vacío institucional existente... hacía inevitable que el Ejército adquiriera una influencia primordial». ¿Buena?, ¿mala? Sencillamente: inevitable; y, como decía nuestro Balmas, no porque el Poder militar sea fuerte, sino porque el Poder civil es flaco. ¿A quién mató el Ejército sino a un cadáver?

En 1917 y en 1923 se llamó al Ejército para llenar un vacío; en 1931, a la República. Pero lo que ante esas fechas debemos preguntarnos aquí es quiénes mataron antes, de veras, el Sistema; quiénes produjeron el vacío, haciendo inevitables aquellos llamamientos. No sólo el rey ni siquiera en su parte mayor; vuelvo a aclararlo.

Pero todo lo dicho dibuja la silueta, no de un aspirante a monarca absoluto, sino de un rey convertido en político en ejercicio. ¿Buena?, ¿mala? La lectura atenta de sus discursos obliga a rebajar juicios demasiado halagüeños, a caso aceptados con ligereza. Demos, sin embargo, por buena —dentro del concepto menor de la política como habilidad manobrera— la calificación que de Alfonso XIII hizo el «Manchester Guardian» en su editorial del 20 de febrero de 1931, como «el primer político de Europa»; pero también lo que el periódico añadía sobre su incapacidad para ser un rey constitucional, porque la Monarquía limitada es imposible si el rey insiste en ser un político activo. Hay algo así como pasarse de listo... Juan Ignacio Luca de Tena escribe: «Demasiado intelli-



Marzo de 1923: en el madrileño Instituto de Higiene Militar, el rey —flanqueado por don Niceto Alcalá Zamora y el general Weyler— inaugura el curso de Investigaciones biológicas. Siete años después Alcalá Zamora encabezará la rebelión contra la Monarquía.

En una de sus visitas a Barcelona —la Dictadura proyectando sombras en el panorama constitucional—, el rey condecora a un anciano obrero de la empresa Fabra y Coats. Le acompañan los marqueses de Alella y Masnou.

ó al
va-
lica-
chas
aqui
s, de
énes
endo
ma-
d sí-
yor:

ibu-
as-
solu-
tido
Bue-
nter-
ra a
ha-
ados
em-
ntro
po-
nio-
que
fan-
edi-
de
tico
n lo
obre
un
e la
apo-
ser
algo
»...
ena
teli-

gente para rey constitucio-
nal».

Las posibilidades de renovación

Sin embargo, ¿habría impor-
tado mucho que el «divide et
impera» que Romanones atribuye a Alfonso XIII hubiese
desmigajado los partidos con-
denados por sí mismos a ese
destino, si simultáneamente
el rey, que no pecó nunca de
timido en el juego político,
hubiese aplicado parte de sus
iniciativas a abrir cauces a
las fuerzas nuevas que apare-
cieron durante su reinado?
Ver el problema como de un
instrumento político que se
mella, es poco; volver a los
partidos fuertes de la época
de Cánovas y de Sagasta, no
habría servido de nada si al
mismo tiempo esos partidos
no hubiesen echado raíces en
la sociedad, pero, sobre todo,
si el régimen no se hubiese
abierto a las fuerzas nuevas,
repito, que a partir de 1909
brotan en un país mucho
más amplio y profundo, mu-
cho más complejo y difícil,
más vivo también, que el de
los tiempos apacibles de la
Restauración.

Dos de esas fuerzas brota-
ron dentro de los partidos
dinásticos; las dos tienen
nombre propio: Maura y Ca-

ñalejas. Las otras dos son las
posibilidades malogradas que
llamaré «nueva derecha» y
«nueva izquierda»; ya expli-
caré lo que son. Respecto a
las cuatro, en conjunto, pue-
do adelantar lo siguiente: el
rey no las rechazó, pero tam-
poco fue lo que se dice un
entusiasta; hizo algo, aun-
que desde luego mucho me-
nos de lo que era necesario;
no las comprendió, pero tam-
poco estaba preparado para
comprenderlas. Menos que
él hicieron sus políticos y,
sin embargo, todo se habría
arreglado seguramente si la
fatalidad no hubiese pri-
vado al país del hombre al
que más necesitaba y en el
momento en que más falta
hacía; el que pudo haber
sido a la Monarquía de Al-
fonso XIII, y a la persona
de Alfonso XIII, lo que Cá-
novas fue a la Monarquía
y a la persona de Alfon-
so XII y Sagasta a la Regen-
cia; me refiero a Canalejas.

A Maura, Alfonso XIII le
despidió, literalmente ha-
blando, en tres ocasiones:
en 1904, sin razón; en 1909,
con razón; y en 1913, aun-
que esta vez sería más exac-
to decir que le cerró la puer-
ta, que Maura podía esperar
que se le abriese después
de la muerte de Canalejas y
cuando ya no había las ra-

zones para ceder al veto de
las izquierdas que en 1909.
Después, la reacción de Mau-
ra lo puso ya imposible, pe-
ro es justo añadir que, in-
cluso antes, el político fue
siempre lo bastante estrid-
ente para que la máxima
responsabilidad de su ostraci-
smo haya que atribuirsele
a él. Para Maura —y el ju-
icio es de otro gran desde-
ñoso; Azaña—, la marcha
de las cosas se paró en 1909;
«todo lo ocurrido desde en-
tonces no vale; recuerda lo
de los tres mal llamados
años». Y no fue sólo eso,
sino que, petrificado en su
actitud herida de 1909; obs-
tinado en restregar a cada
momento en la cara de to-
dos su limpieza moral; em-
peñado en hacerlos pasar,
del rey abajo, por una es-
pecie de Canosa o solemne
reparación del desafuero de
años atrás, no exagera mu-
cho Villares cuando le pre-
senta como un «pronuncia-
do» de levita. Pronunciado
contra el rey, se entiende,
aunque a la vez se destro-
zase él mismo y destrozase
el vigoroso movimiento de
opinión que, casi sin que-
rerlo, suscitó; el maurismo.

No hubo canalejismo co-
mo hubo maurismo, pero sí
hubo Canalejas; ya he da-
do mi opinión. A Canalejas



iona
ando
ama
cora
rro
pats.
peses
nou.



habría dado vida al gran si le apoyó el rey, y éste es un mérito tanto mayor cuanto mayores eran los prejuicios y las resistencias de Palacio que tuvo Alfonso XIII que vencer; Canalejas, ya se sabe, «olía a azufre» para un catolicismo colocado aún a cincuenta años, que en realidad eran muchísimos más, del Vaticano II. A Canalejas le hicieron la vida imposible los suyos, tan destructivamente radicales como ha sido siempre nuestra izquierda, pero le frustró definitivamente la bala de Pardiñas, y con él, la mayor posibilidad que tuvo la Monarquía, que había sido constitucional con Cánovas y se hizo parlamentaria con Sagasta, de consolidarse como una moderna Monarquía democrática. Pues Canalejas habría retenido dentro del régimen las masas que se le escapaban y es casi seguro que habría recompuesto el turno con Maura; la autoridad de los dos políticos, ante la que el rey tuvo siempre que inclinarse, se habría encargado luego de ir reajustando suavemente a la corona en su puesto natural dentro del sistema. Incluso nuestro juicio sobre Alfonso XIII habría cambiado de manera radical.

No fue, pues, el rey quien impidió que al equipo Cánovas-Sagasta hubiese sucedi-

do, mejorándolo; el equipo Maura-Canalejas. Pero aun después de éstos, hubo las otras dos fuerzas que llamo «nueva derecha» y «nueva izquierda», refiriéndome —creo que por primera vez con este enfoque— a la posibilidad de dos grandes partidos nacionales, con base popular y con programa.

Nueva derecha y nueva izquierda. El «hirsuto socialismo ibérico»

La «nueva derecha» la alentó «El Debate», el cual convocó para ello a sus propios seguidores; a los mauristas; a los regionalistas catalanes que, como Cambó, aspiraban a hacer de su región la nueva Covadonga de la regeneración nacional; a los jaimistas que, en línea de Mella, prefiriesen los Principios a la noble, pero estéril fidelidad a una dinastía; un conjunto bastante parecido al Gobierno que Maura estuvo a punto de formar en el otoño del 17. A los llamamientos anteriores se incorporó luego el grupo de la Democracia Cristiana, que apareció en 1919 y que tres años después fundaría el Partido Social Popular, casi en vísperas de la Dictadura. Fue ésta la que interrumpió el proceso que partido de derechas, que se formó luego, durante la Re-

pública; esto demuestra que la pretensión no era una utopía.

No parece que el rey percibiese su importancia, a juzgar por dos anécdotas. El sentido social y el sentido regional eran los dos polos del movimiento al que me refiero. Pues bien, la primera anécdota que narran G. Ruiz e I. Martín, se refiere a la forma que tuvo el soberano de frustrar la gran campaña social del año 1922, dirigiéndose al arzobispo de Valladolid con estas palabras increíbles: «Están ustedes haciendo el buey». La segunda anécdota la cuenta Pabón; se refiere a las advertencias que, sobre la necesidad de que se «españolizara», hizo el rey a Cambó cuando, a fines del mismo año, le llamó para encargarle el poder. «Me hirieron como bofetadas», confesaría el interesado. Naturalmente, el intento se frustró.

El menosprecio de la derecha fue una constante del reinado, a cuyo titular le preocupó siempre mucho más tener satisfecho al Ejército y no irritar a la izquierda; es claro, en cuanto a ésta, que no por simpatías ideológicas. Pero una cosa era política de apaciguamiento y otra comprender a la izquierda, que es lo que habría hecho falta y lo que estaba fuera de las posibil-



«Pero la brecha entre el rey y sus intelectuales no podían llenarla cuatro conversaciones... y el Partido Reformista se cansó de esperar...»

Algunas de las figuras médicas de la Intelectualidad progresista descubiertas por el rey en los salones de la marquesa de Villavieja: de izquierda a derecha: don Santiago Ramón y Cajal, don Gustavo Pittaluga y don Gregorio Marañón.

dades que su formación daba al monarca. Al más despierto de sus ministros, el conde Romanones, hay que atribuir las sonadas entrevistas que en enero de 1913 concedió el rey a los intelectuales republicanos más destacados: Azcárate, Cossío, Cajal y Castillejo. Seco comenta: los intelectuales de izquierda descubrieron a Alfonso XIII; y es cierto que las entrevistas afianzaron al partido reformista, donde militaba la parte mayor de aquella intelectualidad, dispuesta por entonces a entrar en el régimen. Todavía en 1922 hay que registrar la poco fructífera visita de Unamuno, y la más fecunda reunión en casa de la marquesa de Villavieja, que permitió a Alfonso XIII tratar a Cajal, Baroja, Ortega, Pittaluga, Castillejo y Marañón; allí surgieron las ideas del viaje del rey a Las Hurdes y la de fundar la Ciudad Universitaria. Era la etapa en que Marañón soñaba con una Monarquía a la europea. Pero la brecha entre el rey y sus intelectuales no podían llenarla cuatro conversaciones y, si es verdad que Alfonso XIII pensó en Melquiades Álvarez, jefe del reformismo, como el posible Clemenceau o Briand de la Monarquía, no pasó de pensarlo, y el partido reformista

ta se cansó de esperar a ser llamado, lo que sólo tuvo lugar, y muy restrictivamente, en el último Gobierno anterior a la Dictadura; para entonces, los hombres más significativos de la izquierda estaban camino de la República y la Dictadura no haría más que empujarlos en esa dirección.

No sabían que se jugaban su propio destino, pues democracia sin catastrofismo habría sido aquí más fácil, como demostraron los acontecimientos posteriores, con una Monarquía inclinada hacia la izquierda que con República.

Una benevolencia sólo comparable a la de la «nueva derecha» con el regionalismo, fue la que tuvo la «nueva izquierda» con el socialismo, que del brazo de ella pudo haberse convertido en lo que «El Sol» llamaba «un partido aseado y europeo». Para el socialismo hubo un sitio en las famosas entrevistas de 1913, pero Pablo Iglesias rechazó la invitación; tuvo el rey algunas palabras de comprensión —¡pero tan pocas, pero tan vagas!— en sus declaraciones a «La Nación», de Buenos Aires, en 1915, y al «Daily Express», en 1917; y más que palabras tuvo la Dictadura, que le abrió una posibilidad sería de llegar a ser en España lo que en In-

laterra el laborismo. No quiso. Aunque, como observa Miguel Maura, el rey se fuera al destierro sin haber hablado con un solo socialista, la responsabilidad recae casi exclusivamente sobre el hirsuto socialismo ibérico, en cuya creciente radicalización se ve cada vez más claro que estuvo la causa principal de la tragedia española.

Repito; algo hizo el rey para atraer a las nuevas fuerzas, pero habría hecho falta mucho más que su cortés disponibilidad, que además, como hemos visto, tuvo sus excepciones catastróficas. ¡Lástima!, porque a consecuencia de ello las que habrían podido ser fuerzas distintas, pero convergentes en el trono, se vieron arrastradas por los extremismos que, después de acabar con el trono, terminarían con ellas mismas.

En 1917 la mayoría de esas fuerzas nuevas (con la lamentable excepción de las mauristas, cuya intervención habría sido decisiva, pero a las que una vez más frenó el propio Maura) llamaban estentóreamente a las puertas del régimen. Este no las abrió. 1923 fue ya la aplicación «contra» el sistema de otra fórmula, la militar, que, después de seis años de mandato oculto, se presentaba a cara descubierta, con cuanto

esto suponía inevitablemente de estrechamiento de la base de convivencia, y de la corona con ella; pero la Dictadura consiguió crear una normalidad propia en sustitución de la anterior. Su fracaso abrió el camino a la fórmula de las otras fuerzas —intelectuales y obreras— de 1917. 1931 fue la aplicación de esta fórmula, y en cierto modo el desquite de 1917. Pero esta fórmula era ya la República.

La desnacionalización de la Monarquía

Era inevitable, considerando que aquella Monarquía, que había nacido de una voluntad de apertura (la «Monarquía de los republicanos», que le echaban en cara a Cánovas desde la extrema derecha), tenía ligada su vida a la continuidad y actualización de esa apertura. Cuando se cerró a las fuerzas nuevas, se condenó a sí misma. ¿A quién podía representar? En el acto final, ni siquiera al Ejército, que después de la rebelión «juntera» de 1917, aprovechada inicialmente por el monarca, pero que luego tuvo éste que reprimir, y de la rebelión «artillera», provocada torpemente por el dictador, en 1931 se echaba deliberadamente a un lado.

¿Estuvo el rey preparado para llevar a cabo esa necesaria apertura? Habría hecho falta un rey menos político, pero de más lectura y meditación, capaz de romper la muralla de «palacio» y de ampliar el círculo de sus predilecciones; porque no se trataba de que le faltasen dones naturales, sino educación y ambiente apropiados. Como «viajante de su país», se dijo, no le aventajó ni el príncipe de Gales; puso de moda a España y su popularidad internacional llegó a la cumbre cuando se presentó como campeón, no ya de la neutralidad española ante la guerra mundial, sino de la asistencia humanitaria a las víctimas de la contienda, labor que se bastó para desmontar las calumniosas acusaciones de Blasco Ibáñez. Lamentablemente, el éxito exterior no podía compensar el fracaso de fronteras adentro.

Tan sincero como su pa-

triotismo fue en el sentirse rey de todos los españoles, monárquicos o republicanos; pero que él lo sintiera no equivale a que fuese capaz de hacérselo sentir a los españoles, que, por el contrario, se acostumbraron a verle, no sólo vinculado a unos fantasmales equipos ministeriales cada vez más desligados del país, sino actuando entre ellos como un político entre políticos, que en las elecciones de 1931 se jugó el poder y lo perdió. La Monarquía, ¿qué podía parecer más que el partido de ese político? Para esa época, de la Monarquía nacionalizada de medio siglo atrás no quedaba apenas noticia.

En el juego político se comportó siempre, dentro del concepto menor de la política que antes le dado, como lo que Sencourt llama un oportunista, es decir, un hombre hábil en resolver los problemas hurtándose el cuerpo mediante quelebrós ágiles. No fue nunca Alfonso XIII hombre de resistencias. Así fue esquivando las terribles embestidas de 1909, de 1917, de 1923... Todavía en el año 1930 intentó salir del laberinto en que le había metido la Dictadura recurriendo a la fórmula de la Monarquía de Izquierdas que habría debido ensayar muchos años antes. Pero ni Alba tuvo nunca y —menos entonces— la decisión indispensable, ni al rey le quedaba terreno en que moverse ni la Monarquía de Izquierdas tenía la menor posibilidad con unas Izquierdas decididamente antimonárquicas. Y sus fieles sólo podían servirle al rey para ayudarlo a bien morir, como escribe Miguel Maura. Por esto no hubo último quelebro; el diestro es cogido y corneado, y la Monarquía queda, exangüe, sobre la arena de la fiesta política nacional.

¿Se dio cuenta el rey de la gravedad de la situación? La idea de abdicar la había esgrimido ya con éxito en 1918, en 1923 y en 1930. En 1931, ¿no contó con la probabilidad y casi la seguridad de volver? Es significativo que, nada más desembarcar en Marsella, pregunte si se ha iniciado la reacción monárquica. Otros ven en la renuncia de 1931

la repetición de su decisión de 1909. Para salvar en 1909 la convivencia de los españoles, sacrificó a Maura; en 1931 se sacrificó él mismo para salvar una convivencia que, con los datos que entonces podían manejarse, no tenía que parecer *inasequible ni mucho menos, como podría parecerlo si el 14 de abril se contempia desde el 18 de julio de cinco años después*. No era incompatible la seriedad de este sacrificio del rey con la esperanza de que, después de todo, no fuese necesario. En cualquier caso, lo indiscutible es que aquella situación sólo habría podido evitarla una Monarquía plenamente nacionalizada, dentro de la cual hubiesen cabido las fuerzas que, por el contrario, llevaban años acampando fuera y a la intemperie.

No las echó sólo, ni principalmente, Alfonso XIII; vuelvo a decirlo. *Hubo la debilidad general de los partidos dinásticos, la irresponsabilidad del partido liberal, la intransigencia de Maura, y más decisivamente que todo lo demás, la fatalidad de la muerte de Canalejas; hubo también el radicalismo de unas Izquierdas que, a partir de 1931, ratificarían su torpeza ignorando sistemáticamente el hecho de que las derechas, que todavía no eran republicanas, habían dejado de ser monárquicas y de que la República sólo podría fracasar si las dejaba fuera, como ella misma había llegado sólo porque la Monarquía había cerrado las puertas a las Izquierdas*. Repito, además, que a partir de la Dictadura, las posibilidades del rey fueron cada vez menores. En 1923, escriben la princesa Pilar de Baviera y Chapman-Houston, Alfonso XIII tenía tantas posibilidades de actuar libremente como un corcho en la corriente; pero es a 1931 adonde se puede aplicar la imagen con absoluta propiedad. En 1931, todo lo que de verdad pudo hacer el rey fue comportarse con dignidad y con el sentido nacional que nunca le había abandonado, sin caer en la fácil y peligrosa tentación de identificarse él mismo con la nación y ni siquiera de identificar a la Monarquía. J. M.º G. E. No fue poco.

y pr
disc
del
por

«L
Sant
Virge
huce
dific
fusio
parr
no h
teñic
tir, z
sem
torla
la R
sor
Cató

«P
rios
por
llas
deo
padr
turb
naza
a la
jand
Islan
Y n
Habe
quils
te,
con
orien
ague
Hota
Pont
pañe
ame
rán
en c
tra
rren
de
Ziba
árab
e Lu
Gran
epop
la c
ción
rin
cons
so-n
trav
yas
tre,
oste
cho,
crec
arra
«L
dra.

Introducción

EL significativo discurso de Córdoba

Las tentaciones autoritarias

El rey y los partidos

Un político en ejercicio

Las posibilidades de renovación

Nueva derecha y nueva izquierda. El «hirsuto socialismo ibérico»

La desnacionalización de la Monarquía